

viesen tantos escritores insignes que han sido la gloria de su patria y la antorcha de su siglo?

Ya os he dicho, señor, respondió el padre, que he tratado á los mas famosos, que he leído casi todos sus libros, que aprecio sus talentos como merecen, y que es lástima que hayan abusado de tantos dones del cielo, no sirviéndose de ellos mas que para perderse á sí mismos y á otros muchos; pero tambien os repito que esos hombres tan ilustrados y sabios en las ciencias profanas, estaban evidentemente ciegos en la ciencia de la religion, y que las especiosas ilusiones con que captan á sus lectores, no merecen otro título que el de seducción.

Vos decís que eran honrados; no lo dudo, pues que vos lo decís; pero entendámonos, porque esta calidad tiene mucha extension. Si para ser honrados basta no caer en los vicios groseros ó en los delitos vergonzosos, que hasta el mundo mismo cubre de infamia, sin duda que hombres instruidos y celosos de su reputacion no caerán en ellos, y en este caso teneis razon de llamarlos honrados. Si la religion cristiana no exigiera mas que esto, yo tambien los llamara, y ellos mismos no la combatieran, porque no tendrian interes en hacerlo.

Pero, señor, el cristianismo pide mas: no solo condena esos delitos groseros que el mundo tambien reprueba, sino otros muchos que el mundo

celebra: su moral es mas extendida, y esos filósofos no lo ignoran. No solo amenaza con suplicios eternos al cruel que sacrifica otro hombre por venganza, al violento que oprime al débil, al injusto que despoja al huérfano, y al calumniador que quita la honra, sino tambien (y esto es lo que mas les duele) al sensual que pone su felicidad en los placeres de los sentidos, al orgulloso que solo es benéfico por ostentacion, al que no busca mas que su propia gloria y no la de Dios, al que no le consagra con humilde gratitud los dones que le debe; y en fin, no solo al que obra mal, sino tambien al que no obra bien. Esto les incomoda, y sobre todo la máxima de que todas las virtudes morales que no son inspiradas por la fe y acompañadas por la caridad, no son merecedoras de la vida eterna.

No es mi ánimo ni humillarlos ni ofenderlos; pero yo lo dejo á vuestra consideracion. Pensad vos mismo, recordándoos de su conducta pública, si sus costumbres eran conformes á estos principios; si estos pueden ser de su gusto, y si no tienen interes en desacreditarlos. Pensad tambien si para merecer el título de hombre de bien y poder servir de ejemplo, basta no cometer esos grandes delitos, ó no tener esos vicios groseros, y si no hay ademas otros que por ser mas ocultos y pertenecer solo al espíritu, no son igualmente culpables.

No creas, decia Bosuet, que solo los sentidos seduzcan á los hombres; la intemperancia del espíritu no los lisonjea ménos; ella tiene placeres ocultos, y se irrita contra la resistencia. El soberbio piensa que se eleva sobre los otros y sobre sí mismo, cuando se eleva sobre una religion tan largo tiempo respetada; se imagina superior á los demas, insulta á los espíritus vulgares que siguen la práctica comun, se mira con complacencia, y se transforma en ídolo de sí propio.

He aquí, señor, una de las raices mas dilatadas y fecundas de que nace con frecuencia este terrible mal; el orgullo, el indomable orgullo es el que ha hecho los mas famosos de los incrédulos. Os repito que los he conocido, que los he tratado, y no se me puede ocultar que el orgullo los inflamaba con una sed devorante de fama y reputacion, con un deseo desenfrenado de pasar por espíritus superiores que habian sacudido el yugo de los terrores populares, y con un frenético conato de producir una revolucion en las opiniones.

Este es el estímulo seductor por que han pros tituido sus talentos y vigiliias al monstruo de la incredulidad. Todo su anhelo era adquirir gloria, satisfacer su vanidad, y dejar un nombre ilustre; pero si me hubiera sido permitido hablar con libertad á alguno de ellos, dejando el estilo del Evangelio, que no entienden, para explicarme en

el language del amor propio, que es el suyo, les hubiera dicho:

Tú aspiras á la gloria, y por ella te afanas tanto; ¿pero esa que buscas es la verdadera? Reflexiona un poco, y mira si por lo ménos entiendes mejor los intereses de tu vanidad que los de tu salud eterna. Yo temo que te engañes en los unos y en los otros. Con los ricos presentes que has recibido de la naturaleza, te era tan fácil obtener nuestra admiracion, como merecer nuestra gratitud: sin esas tachas de irreligion con que te manchas, tu nombre hubiera pasado á la posteridad como un astro brillante.

¡Infeliz! ¿cómo no consideras que por algunas frívolas alabanzas de tus contemporáneos, tan disolutos ó tan engañados como tú, la parte mas numerosa de la tierra en este y en los futuros siglos maldecirá tu nombre, odiará tu memoria, y privará de la mejor recompensa á tus escritos, desterrándolos de la educacion pública? Los padres virtuosos, las madres cristianas, los ayos vigilantes los arrancarán de las manos de la juventud, y los denunciarán á las generaciones sucesivas como los corruptores de las costumbres y como pestes de las sociedades. Tus funestos principios solo serán aplaudidos, citados y seguidos por los soberanos injustos, por los hijos ingratos, por los esposos perjuros. Tú vas á ser el apóstol de los malvados, el legislador de los perversos.

sos, que aprenderán en tus obras el abandono de todos los deberes y la apología de todos los vicios.

Así es, señor, que estos abogados de la irreligion no lo son las mas veces sino para adquirir una infeliz celebridad; este interes es el móvil principal de sus afanes. Sus discípulos, que los escuchan con tanta complacencia, y se entregan al encanto de sus novedades, no tienen otro sino es satisfacer sus pasiones, disipando el terror que los asusta. Así es visible el interes de todos; y siendo así, ¿qué peso puede tener su autoridad? ¿de qué sirve ponderar su habilidad y la extension de sus conocimientos? Esto mismo nos debe hacer mas cautelosos, porque tantas luces y tantos talentos son mas peligrosos en sus manos, como que son medios mas activos para fascinarnos los ojos, y dar á la impostura el colorido de la verdad.

Pero hablemos mas claro, señor; permitid que me explique con toda la sinceridad de mi alma. ¿Los conocimientos y la inteligencia que han mostrado en materias de religion son tan vastos y tan sublimes como vos suponeis? ¿Y no será este el caso en que se verifica lo que dijo Bacon, que un poco de saber dispone á la incredulidad, pero que la mucha ciencia conduce á la religion? Examinemos esto mas de cerca sin mal humor ni parcialidad; veamos los estudios que han hecho, con-

sideremos las pruebas que nos han dado de su ciencia y de sus profundas meditaciones en los objetos de la religion, tengamos á la vista sus escritos, ¿qué hemos visto en ellos hasta ahora?

Que han recogido con cuidado y publicado con malignidad todas las obscuridades ó dificultades que los santos libros presentan relativamente á la historia, á la crítica y á la cronología. Pero esto no es mucho saber, porque ántes que ellos las habian producido para resolverlas los doctores católicos, y otros muchos escritores modernos se han desengañado y rendido á la fuerza de la verdad. No les costaba, pues, mas que recogerlas, y han tenido la mala fe de reproducir las objeciones, desentendiéndose de las respuestas. ¿Qué mas han hecho? Repetir hasta fastidiar las añejas y calumniosas imputaciones de Celso, Porfirio y Juliano; pero si hubieran leído las apologías de Orígenes, San Justino y otros, tuvieran rubor de producir objeciones tantas veces reducidas á polvo.

¿Qué mas han hecho? Se han servido de muchos sofismas para desquiciar la certidumbre de los misterios; pero jamas han podido probar que Dios no los ha revelado, ó que Dios debia á los hombres la demostracion de los misterios que les revela. Han acumulado con ostentacion y complacencia todos los males que en los siglos de la supersticion y fanatismo han hecho los hombres en el mundo con pretexto de la religion; ¿pero

acaso proceden con justicia, ó conocen bien esta religion, cuando pretenden hacerla responsable de las mismas acciones que reprueba, y á las que amenaza con castigos eternos? ¿están de acuerdo entre sí mismos cuando por una parte calumnian su santidad, acusándola de inhumana, y por otra se exasperan de la severidad de sus castigos y de la austeridad de sus preceptos? Pretenden que la religion cristiana es falsa, porque no hace buenos á todos los cristianos. Que digan, pues, que las leyes civiles son tambien inútiles y viciosas, porque no estorban todos los delitos ni producen todas las virtudes.

Pero lo que repiten con mayor deleite es el escarnio y la mofa con que producen ciertas doctrinas falsas y peligrosas, ciertas prácticas fútiles ó usos supersticiosos que se han introducido entre los pueblos cristianos.

En el fondo tienen razon; pero proceden de mala fe cuando no confiesan que semejantes abusos, nacidos del interes de unos y de la ignorancia y simplicidad de otros, son extrangeros á la religion, y tan contrarios á la pureza de sus dogmas como opuestos á la santidad de sus ritos; que la Iglesia, guiada únicamente por la Escritura y por la tradicion; los reprueba sin cesar, así por la voz de sus pastores y ministros fieles, como por la ilustrada y pura devocion de sus hijos instruidos. Si los incrédulos, pues, no ignoran que

la religion es la primera que llora estos abusos, ¿con qué cara se atreven á imputárselos?

Aquí me ocurre una reflexion que creo importante. La revelacion estriba sobre la verdad de ciertos hechos; nosotros los creemos mas probados y ciertos que ninguno de los que refiere la historia. Tambien se apoya con documentos y usos que vienen de Jesucristo hasta nosotros, monumentos existentes que no solo demuestran su antigüedad y origen, sino tambien la no interrumpida y constante sucesion con que la tradicion y la práctica continua nos los ha conservado.

Así, el medio fácil y el mejor camino para combatirla seria ó demostrar la falsedad de estos hechos, ó la no existencia de los monumentos y de los documentos, ó la novedad de estos usos, indicando el tiempo ó la época en que se introdujeron. ¿Por qué, pues, ninguno de los incrédulos se ha atrevido á esta empresa? ¿por qué en vez de atacar el tronco se contentan con andarse por las ramas? Porque el tronco es inexpugnable, porque no pueden hallar hechos que sean contrarios á hechos ciertos, porque la evidencia de los documentos no permite la duda, y porque no es posible indicar una época moderna á usos que por una sucesion continua acreditan la antigüedad de su origen.

¿Qué hacen, pues? Contra todos los principios de la buena lógica en materias históricas y positi-

vas, á falta de otros medios, recurren á razones vagas de dudar, las mismas que pudieran conducirlos al Pyrronismo universal: quieren someter la certidumbre de los hechos á las reglas de la verosimilitud, los usos antiguos á las costumbres presentes, los designios de Dios á la razon de los hombres, y con método tan contrario á la sana manera de proceder, es indispensable que caigan en continuos paralogismos.

Añaden á esto historietas chistosas, aventuras malignas, sarcasmos picantes, chanzas burlescas y ridículas ironías, que vierten á manos llenas; y ve aquí como ofrecen una lectura entretenida, que la juventud y los hombres frívolos se tragan con ardor, porque gustan mas de los chistes que de la verdad, y porque no leen para ilustrarse sino para divertirse.

Esta es la sustancia de sus libros; y pues vos los habeis leído, citadme uno desde Bayle, que fué el primero de nuestros tiempos, hasta el mas moderno de nuestros dias, que no esté escrito ó con este espíritu ó con este estilo. Nombradme uno solo que haya combatido la religion de frente y en su totalidad, que se haya propuesto destruir este armonioso y arreglado plan, que empiece con la creacion del mundo y llega hasta nosotros los hijos de la Iglesia, este admirable conjunto que no puede ser mas que obra de Dios, pues fué predicho, anunciado y esperado; pues

los tiempos posteriores verificaron lo que los primeros oráculos habian prometido; pues es finalmente un edificio tan sublime, tan bien enlazado en todas sus correspondencias, tan divinamente encadenado en todas sus partes, que léjos de poder ser creacion de los hombres, asombra, espanta y sobrepuja á todas sus ideas.

Para combatir, pues, la religion, era menester trabajar en destruir su antigüedad, su autenticidad y toda esta armoniosa y completa proporcion con que manifiesta su excelencia. ¿Por qué no nos prueban que los libros de Moises son falsos, indicándonos cuándo y quién los escribió? ¿que sus milagros fueron prestigios, y que las fiestas y cánticos que usaron los judíos, y que se conservan aun, son todos ilusion? ¿que á los judíos no se les prometió ni ellos esperaron un Mesías? ¿que Jesucristo no lo fué? En fin, que nos prueben solamente que Jesucristo no resucitó.

Ve aquí el fondo y la substancia de nuestra religion; y para contrastarla era menester demostrar la falsedad de alguno de estos hechos fundamentales; pero esto es lo que no harán jamas: y como los pigmeos, que no se atreven á atacar á Hércules de frente, porque no los aplaste con su masa, van por detras á ver si le pueden arrancar algun despojo, cuando pueden encontrar alguna contradiccion aparente, alguna dificultad intrínseca, y sobre todo alguna idea que dé flanco á la

mofa ó á la risa, cantan el triunfo, mientras que el que conoce la magestad y solidez se rie de sus ridículos esfuerzos.

Y estos hombres, señor, son los que pretenden ser los preceptores, los amigos del género humano y las antorchas de su siglo. ¡Infelices! ¡Pobre del mundo, si pudieran lograr sus culpables esfuerzos! ¡Qué seria de los hombres, si consiguieran con su infame conspiracion arrancarnos el don inestimable de la fe? Ellos quisieran que todos fueran filósofos, esto es, destruir la religion; ¡y qué conseguirían sino relajar y deshacer todos los cimientos de la sociedad, trastornar el orden público, y quitarnos hasta las últimas nociones de justicia y decencia? ¡Cuál fuera la suerte de las costumbres, de la buena fe, de la seguridad de los estados y aun de los particulares mismos, si los hombres pudieran persuadirse que todo perece con el cuerpo, y que la nada es el último término del vicio y de la virtud?

Peró, le dije: ¿No ha habido muchos hombres que sin religion han tenido virtudes? Tito, Marco Aurelio, Antonio y otros muchos; no han sido humanos, benéficos, justos y generosos? Pero esos que me citais, me respondió, profesaban una religion, aunque no la verdadera. Por otra parte puede ser que se encuentren hombres de un temperamento mas propio para la virtud. También hay otros que quieren parecer virtuosos, aun-

que no lo sean, por orgullo; esto es, que por dominar ó por adquirir un gran nombre sacrifican las demas pasiones: esto es posible, aunque los ejemplos sean muy raros.

¿Pero se puede esperar contener en los mismos términos á una multitud grosera y desenfrenada? ¿Se puede imaginar que despues de haberles quitado todas las barreras de la religion y sus terrores saludables, sea posible con ideas filosóficas, con nociones abstractas de justicia y orden, contener la furia de tantas pasiones? Esto fuera desconocer la naturaleza del hombre, esto seria exigirle que hiciera de valde el sacrificio de su felicidad, y los buenos serian los mas desdichados.

La virtud no es otra cosa que el amor bien entendido de nuestros verdaderos intereses, la solicitud justa de nuestro bienestar. Si no hay que temer ni esperar despues de la muerte, el verdadero interes es gozar en esta vida. Si la razon no espera hallar en la otra la recompensa de sus sacrificios, los sentidos deben tener aquí la preferencia. En vano querrá la filosofia exagerar las ventajas que la virtud encuentra en sí misma; la corta y pobre recompensa de la admiracion agena no basta á desquitarla de sus trabajos y combates, y el interes presente y personal hará siempre mas peso en la balanza.

¿De qué aprovechará creer un Dios, si el mas virtuoso no tiene que esperar de su bondad, ni el

mayor malvado tiene que temer de su justicia? Desde que se destruyen la esperanza y el temor, que son los únicos resortes de la conciencia, no puede quedar estímulo á la virtud, y desde entonces ya no hay obligacion, ó si hay alguna, no puede ser otra que la de amarnos, y no amar mas que á nosotros mismos.

Ve aquí el terrible caos en que pretenden meternos los filósofos, y este seria el fruto de sus afanes y sus tristes victorias. Ellos enseñan á los hombres á entregarse sin remordimiento ni rubor á deleites que embelesan la naturaleza, á no temer á Dios, y hollar los principios de la equidad cuando se pueden ocultar á la vigilancia de las leyes; enseñan á los soberanos y poderosos á no conocer mas regla que su poder, su voluntad y sus pasiones. Han armado al hijo contra el padre, al esposo contra la esposa, al criado contra el amo; al vicio le han quitado sus frenos y remordimientos, á la virtud la han despojado de sus apoyos y motivos, y al corazón de sus consuelos y esperanzas. ¡Santo Dios! si esto es lo que producen sus verdades, que nos dejen con nuestros errores.

Peró, padre, le interrumpí, me parece que hay alguna exageracion en vuestras quejas. Confieso que teneis razon en mucha parte, pero tambien me parece injusto acusar de tanto horror á todos los incrédulos. Yo conozco muchos que lloran

tan amárgamente como vos esos excesos, que ciertamente no son conformes con sus principios. Puede ser, señor, me respondió, que haya habido algunos á quienes la experiencia haya forzado á avergonzarse de sus triunfos; pero cómo no conocieron que destruyendo la religion rompian el freno mas poderoso de las pasiones, aniquilaban el único remedio que puede sanar el corazón, quitaban la única barrera que puede contener á la multitud, y abrian la puerta á todos los vicios para inundar la sociedad?

¿Cómo llamándose sabios, cómo diciéndose filósofos, pudieron ignorar que los hombres no pueden hallar ni en su rectitud natural, ni en su educacion, ni en sus estudios, ni en su propia vanidad estos preservativos, que la incredulidad dice que deben suplir á los resortes del Evangelio? ¿Cómo no comprendieron que reduciendo todos los apoyos de la virtud á especulaciones elevadas, que solo pueden entender los talentos superiores, no dejaban al comun de los hombres ningun estímulo para ser virtuosos? ¿Cómo podrán justificarse de haber hecho hasta la apología del suicidio? Como si no les bastara haber abierto á nuestras almas los abismos de la aniquilacion, que todavia quisieran apurar todas las fuerzas de su ingenio, para hacer que cuanto ántes nos precipitemos en ellos. Como si no les bastara haber quitado á los malvados el

terror de la eternidad, quisieran quitarles tambien el temor de las leyes, y hasta el amor de la vida, para aumentar con esto los delitos.

¿Quién, pues, puede mirar como bienhechores á hombres que trabajan por volvernos al poder de las tinieblas, despues que Dios nos ha alumbrado con las luces de su religion? Discurrid, señor, si merecen ser nuestras guias los que ó son tan malos que tienen este intento, ó tan ciegos que no lo conocen. Solo su necia é intrépida jactancia pudo tratar de preocupacion y de flaqueza nuestra adhesion al cristianismo.

Pero si hay una preocupacion absurda y deplorable, es la de preferir á nuestros grandes motivos de credulidad la autoridad de estos nuevos maestros, y considerarles mas luces que á tantos cristianos sabios, que en todos los siglos la creyeron con firmeza y la defendieron con gloria; y por fin, dejarse alucinar por sus sofismas, y creer lo que tal vez no creen ellos mismos.

Digo esto, señor, porque hay muchas razones para dudar de su sinceridad. Sin duda que no se cansan en repetir, en reproducir y volvernos á repetir sus principios destructores; pero este mismo incesante prurito, este infatigable conato es tal vez lo que hace su buena fe mas sospechosa. Parece que no habiendo podido fortificarse todavía bastante contra los terrores de su conciencia, mueven mucho ruido para atolondrarse y buscar

compañeros que apoyen su vacilante persuasion.

¿Cuántos he conocido que se hallaban en este caso! ¿Cuántos he visto que se esforzaban á parecer incrédulos, porque deseaban serlo! ¿cuántos que cuando sanos parecian intrépidos, en el tiempo de la afliccion y los reveses, en las pérdidas de la fortuna y en las enfermedades han venido á buscar en la religion consuelos que no podia darles su filosofía! ¡y cuántos finalmente á la hora de la muerte pálidos y trémulos han abjurado sus errores, implorando los socorros de la Iglesia que tanto habian despreciado!

A mas de esto, señor, ¿cómo es posible que estén verdaderamente persuadidos unos hombres que no tienen principios estables ni opiniones firmes? Como no tienen basas seguras, fluctuan en todo, y ellos mismos se desmienten y contradicen segun la inconstancia de los humores ó la osadía de los espíritus. Apenas podemos creer á nuestros propios ojos cuando leemos en sus escritos esta anarquía de discursos, este conflicto de doctrinas, y esta contrariedad de opiniones en los puntos mas esenciales.

Uno propone con frialdad la cuestion: si hay un Dios; y la deja sin resolver. Otro la resuelve, y lo niega con firmeza, y baldona al deista la pusilanimidad de no atreverse á cortar de raiz este que llama error popular. Llega un tercero que toma á su cargo probar la existencia de un Ser



supremo, pero con condicion de que no se euide de nosotros, y viva en el **repose** y la indolencia.

Viene otro filósofo, y **declara** que en un siglo tan ilustrado como el **nuestro** es ridiculo creer que haya otra vida; que **admitir** una Providencia es sujetar al Autor de la **naturaleza** á penosos y continuos afanes por **objeto** tan poco digno como la conservacion del **universo**. Otro dice al contrario, que la idea de un **Dios** que premia y castiga, debe estar grabada **en** todos los corazones, porque mejor seria ser **gobernados** por demonios que por ateistas.

Un libro nos enseña que **la** religion natural basta para todo; otro nos **asegura** que no hay ni puede haber religion natural, **porque** toda religion está en contradiccion con la **naturaleza**. Los unos prueban que los milagros **son** imposibles; los otros declaran que es menester encerrar como locos á los que niegan la **posibilidad**. Los incrédulos furiosos atribuyen á **la** religion los horrores de la política y el **fanatismo** de los últimos siglos; otros mas modernos **reconocen** que aquellos excesos fueron el abuso y **no** el espíritu del cristianismo: así jamas estan **de** acuerdo ni tienen un dictámen seguro.

Me seria imposible referir todas sus contradicciones; baste deciros que los apologistas de la revelacion han formado **volúmenes** de las que se hallan entre los escritores mas modernos; y aquí

permitidme que os pregunte: ¿Cómo es posible que despues de una demostracion tan completa, estos filósofos no han podido formar un sistema regular, capaz de suplir al de la religion: despues de haber visto que estan tan divididos, y son tan inconsecuentes, que lo que fabrican unos derriban otros; que ellos mismos destruyen sus propias ideas; que las opiniones de ayer las contradicen hoy; que no han sabido establecer ni fijarse en nada, y siempre opuestos entre sí, los unos se burlan de los otros? ¿Cómo es posible, digo, que hombres de esta especie hayan podido hacer tanto efecto y adquirir crédito y autoridad?

Preveo, padre, le dije, que quereis forzarme á confesar que su fuerza y su luz consisten en la flaqueza y las tinieblas de sus lectores. Yo creo, señor, me respondió, que no tuvieran un solo partidario si no los patrocinaran las pasiones, y si los cristianos estuvieran mas instruidos en los fundamentos de su religion; pero este es el gran mal, y lo repito con dolor, son pocos los que se aplican á instruirse. Los negocios ocupan, y los momentos de descanso se emplean en diversiones; la opulencia y la grandeza arrastran á los placeres y alejan de las cosas sólidas; la curiosidad se entretiene con las ciencias profanas, desenreda el caos de las costumbres y religiones extrañas, y descuida de la sola en que ha nacido y de que depende su felicidad.

Apénas hay quien lea los libros santos dictados por el Espíritu de Dios, ni los de los sabios que explican su sentido sublime y misterioso, ni tampoco los escritores que han juntado las pruebas de su verdad, y han confundido los sofismas de los incrédulos con tanta fuerza como claridad. Sin mas instruccion que la de su niñez, con el enemigo interior de nuestra propia inclinacion, con el deseo secreto de que no sea verdadera una religion que nos contiene y nos amenaza, con el maligno placer que causan los discursos que la desacreditan, ¿qué mucho es que tantos se dejen deslumbrar por la vana erudicion, por la elocuencia y por los dichos picantes de los filósofos?

Lo peor es que una vez hecho el daño, es sumamente difícil el remedio. Yo no veo cómo ni cuándo podrán desengañarse y volver al seno de la religion, porque cada día con la corrupcion de sus costumbres se aumenta la densidad de sus tinieblas. ¿Será cuando se instruyan mas? Pero ellos no se quieren instruir, ni siquiera se dignan aprender los fundamentos en que se apoya la fe. ¿Será en la madurez de la edad y cuando las pasiones empiecen á enfriarse? Pero la vejez que debilita los sentidos no purifica el corazon, deja en su fuerza la imaginacion y la memoria, y aunque impide á los sentidos la ejecucion de lo que la ley prohíbe, pero no les hace amar lo que manda. ¿Y cómo en el tiempo del desaliento y de la

pereza se podrá examinar, estudiar y aprender lo que se ha desdeñado en el de la curiosidad y del vigor?

Cada día se aumentan en el hombre las dificultades, sea por la mayor fuerza de los hábitos, sea por la mas antigua tenacidad de las ideas, sea en fin, por la insensible debilidad de las facultades: así es imposible que la naturaleza por sí sola pueda alcanzar á tanto esfuerzo. Solo Dios y su omnipotente gracia pueden obrar esta resurreccion; él es quien tiene la linterna en la mano, y la abre cuando quiere; él es quien envia su Espíritu, que va y sopla donde le parece. ¡Dichoso el escogido para ser vaso de misericordia! Pero me parece, caballero, que ya es tarde, y que ahora tendréis necesidad de reposo.

Yo le respondí: Vos me habeis instruido de muchas cosas nuevas para mí: todas me dejan una fuerte impresion; espero que otra vez volveremos á hablar de ellas. Ahora permitidme que os dé gracias por tantas finezas como os debo. Entónces nos dimos las buenas noches, y yo tambien te las doy. A Dios, Teodoro, hasta otra carta.